



Foto Riera



PARICUTIN

EL VOLCÁN MÁS
JÓVEN DEL MUNDO



NO de los espectáculos más singulares que puede presenciar un hombre del presente siglo es, sin duda alguna, el nacimiento de un nuevo volcán. Tan insólito acontecimiento ha sido privilegio de los habitantes del Estado de Michoacán (México), ante cuyos asombrados ojos brotó y creció

el Parícutín, el nuevo coloso, que, por las noches, ilumina el firmamento con las rocas que, al rojo vivo, surcan el espacio para caer a varios kilómetros a la redonda, dando al lugar el aspecto de unos grandes juegos de pirotecnia.

El génesis del Parícutín se remonta al mes de febrero de 1943, en que grandes temblores sacudieron a todo el territorio de la República mexicana.

Los diarios del país anunciaron con grandes titulares el día 21 que la víspera se había sentido un fuerte temblor de tercer grado de la escala de Mercalli, con epicentro a unos 402 kilómetros del Observatorio Astronómico de Tacubaya, probablemente en el Estado de Michoacán.

El martes 22 de febrero, la Prensa nacional informó que más de veinte veces consecutivas había temblado la tierra en toda la República. De Petatlán (Guerrero) llegó la noticia de que el seísmo había destruido la torre y parte del templo parroquial. En Tulancingo se registraron derrumbes; en el turístico puerto de Acapulco, la gente salió a la calle en ropas de dormir. En la pintoresca y risueña población de Taxco, la gente se despertó al ruido de un misterioso repiqueteo de las campanas de los templos, echadas a vuelo por el ímpetu del terremoto.

Mientras tanto, a unos veinte kilómetros de la ciudad de Uruapán, en el municipio de San Juan Parangaricutiro, un humilde campesino, de nombre Dionisio Pulido, notó que de los surcos de su sembradío brotaba una densa humareda, que fué creciendo progresivamente, mientras la tierra de los alrededores se calentó en tal forma, que quemaba los pies de quienes la tocaban. Minutos después, grandes ruidos subterráneos daban la impresión de descargas de cientos de piezas de artillería.

Había nacido un volcán en América, cuyo más próximo antecesor, el Jorullo, había brotado el año de 1759.

La humareda crecía constantemente, y un pequeño montículo empezó a formarse en medio de ruidos y fenómenos, que hacían presumir el fin del mundo a los habitantes de la región, quienes, atemorizados, comenzaron un dramático éxodo desde el pequeño pueblito de Parícutín, a unos cientos de metros del nuevo volcán, hasta Morelia, la capital del Estado.

En los siguientes días, gran cantidad de cenizas nublaron el cielo de las ciudades vecinas, como Uruapán y Morelia, llegando a cubrirse las azoteas de la ciudad de México, a cientos de kilómetros de distancia.

En la metrópoli, tales fenómenos produjeron gran alarma entre los menos enterados, habiendo quien sospechara que el majestuoso Popocatepetl, que siempre despidе humo por su cráter, había entrado en un nuevo período de erupción e iba a convertir la «Ciudad de los Palacios» en una nueva Pompeya.

Algunas semanas después, el volcán, que arrojaba lava por tres bocas, aumentó su actividad, y lentamente fué avanzando la ígnea masa movediza hasta los alrededores de San Juan, en donde se dividió, penetrando por las callejuelas hasta derrumbar todas las casas.

Los últimos hombres salieron corriendo, con el pavor marcado en sus rostros; los árboles se derrumbaron descuajados; las casas de adobe se desplomaron ruidosa y patéticamente y lo que fuera un risueño pueblecito michoacano quedó convertido en un desierto candente e inanimado.

Solamente quedaron en pie las torres de la iglesia parroquial, que fuera orgullo de Parangaricutiro, y que en su soledad parecían predicar que la fe, asentada por los misioneros hispanos hacía varias centurias, era lo único incommovible e imperecedero.

* * *

Actualmente, el Parícutín, cuyo nombre tomó del poblado más cercano, es un cono de una altura de 2.775 metros sobre el nivel del mar, de cuyas entrañas sigue fluyendo lava, con acompañamiento esporádico de grandes explosiones.

Son ya varias las personalidades que han visitado al rugiente volcán, y entre ellas se encuentran el Presidente Truman, de los Estados Unidos, y el Príncipe Bernardo de Holanda, quienes volaron sobre el cráter del volcán más joven de América.

Los vulcanólogos mexicanos y extranjeros, que mantienen una guardia permanente ante el volcán, han declarado que las corrientes que alimentan el río de lava pasan probablemente por el lago Chapala, a muchos kilómetros de profundidad.

El turista, en cambio, ve en el fenómeno un maravilloso y singular espectáculo, que excita en su imaginación los dramáticos sucesos de la legendaria Pompeya.

CARLOS DE LA CUESTA D.



Foto Riera

